

que las agota en un momento; que figura el animal íntegro, su color, el juego de la luz sobre su pelo, su forma, el estremecimiento de sus miembros contráidos, el brillo de sus ojos, y al mismo tiempo su pasión presente, su agitación, su vehemencia, y, por cima de todo, sus instintos, con su estructura, sus causas y su pasado; de modo que los cien mil caracteres que componen su estado y su naturaleza hallen sus correspondientes en la imaginación que los concentra y refleja: he ahí la concepción del artista, del poeta, de Shakspeare, tan superior á la del lógico, del simple sabio ó del hombre de mundo, única capaz de penetrar hasta el fondo de los seres, de desentrañar el hombre interior al través del hombre exterior, de sentir por simpatía y de imitar sin esfuerzo el vaivén desordenado de las imaginaciones y de las impresiones humanas, de reproducir la vida con sus infinitas vicisitudes, con sus contradicciones aparentes, con su lógica oculta de crear, en fin, como la naturaleza. Así hacen los demás artistas de este tiempo: tienen el mismo género de espíritu y la misma idea de la vida; no encontraréis en Shakspeare sino las mismas facultades con más fuerte pujanza y la misma idea con más alto relieve.

CAPITULO IV

Shakspeare.

I. Vida y carácter de Shakspeare.—Su familia.—Su juventud.—Su matrimonio.—Se hace actor.—Su *Adonis*.—Sus sonetos.—Sus amores.—Su carácter.—Su conversación.—Sus tristezas.—En qué consiste el natural, productor y simpático.—Su prudencia.—Su fortuna.—Su retiro.

II. Su estilo.—Sus imágenes.—Violencias de expresión.—Incoherencias.—Exuberancia.—Diferencia entre la concepción creadora y la concepción analítica.

III. Las costumbres.—Las familiaridades.—Los arrebatos.—Las crudezas.—La conversación y las acciones.—Concordancia de las costumbres y del estilo.

IV. Los personajes.—Cómo son todos de la misma familia.—Los brutos y los imbéciles.—Calibán, Ajax, Cloten, Polonio, la nodriza.—Cómo la imaginación maquinal puede preceder á la razón ó sobrevivirla.

V. Los personajes de ingenio.—Diferencia entre el ingenio de los razonadores y el de los artistas.—Mercucio, Beatriz, Rosalinda, Benedicto, los clowns.—Falstaff.

VI. Las mujeres.—Desdémona, Virginia, Julieta, Miranda, Imágenes, Cordelia, Ofelia, Volumnia.—Cómo representa Shakspeare el amor.—Por qué Shakspeare funda la virtud en la pasión ó el instinto.

VII. Los malvados.—Yago, Ricardo III.—Cómo los apetitos desenfrenados y la falta de conciencia son el dominio natural de la imaginación apasionada.

VIII. Los grandes personajes.—Los excesos y las enfermedades de la imaginación.—Lear, Otelo, Cleopatra, Coriolano, Macbeth, Hamlet.—Comparación entre la psicología de Shakspeare y la de los trágicos franceses.

IX. La fantasía.—Concordancia de la imaginación y de la observación en Shakspeare.—Interés de la comedia sentimental y novelesca.—*Como usted quiera*.—Idea de la vida.—*El Sueño de una noche de verano*.—Idea del amor.—Armonía de todas las partes de la obra.—Armonía de la obra y del artista.

Voy á describir un espíritu extraordinario, de una complexión extraña para todos nuestros hábitos fran-

ceses de análisis y de lógica; un espíritu omnipotente, igualmente soberano en lo sublime y en lo innoble, el más creador que hubo jamás en la copia exacta de la realidad minuciosa, en los caprichos deslumbradores de la fantasía, en las complicaciones profundas de las pasiones sobrehumanas; un espíritu poético, inmoral, inspirado, superior á la razón por las revelaciones súbitas de su locura luminosa, y tan extremado en el dolor y en la alegría, tan brusco en su manera de proceder, de una vena tan atormentada é impetuosa, que sólo en siglo tan grande se concibe la existencia de tal hijo.

I

Todo viene de dentro en él; quiero decir, de su alma y de su genio. Las circunstancias exteriores tuvieron poca parte en su desarrollo (1). Se impregnó profundamente de su siglo: conoció por experiencia las costumbres del campo, de la corte y de la ciudad, y visitó las regiones altas, bajas y medias de la condición humana; eso es todo. Fuera de ahí, su vida es ordinaria, y las irregularidades, los reveses, las pasiones y los triunfos que en ella se registran, son, sobre poco más ó menos, los que se registran en tantas otras (2). Su padre, comerciante en lana, de posición muy desahogada, casado con una lugareña de fortuna, se había hecho gran bailío y primer alderman de su villa; pero, cuando Shakspeare tenía catorce años, estaba á

(1) Hallivell's *Life of Shakspeare*.

(2) Nacido en 1564, muerto en 1616. La primera obra enteramente suya es de 1593. (Payme Collier.)

punto de arruinarse, había empeñado la fortuna de su mujer, y se veía obligado á dejar su cargo municipal y á retirar á su hijo de la escuela para que le ayudara en su comercio. El joven puso manos á la obra como pudo, no sin hacer más de una calaverada; si hay que creer á la tradición, era uno de los buenos bebedores, dispuesto á sostener la reputación de su villa en la batalla de los zaques. Cuéntase que una vez, habiendo sido vencido en Bidford en uno de esos combates de cerveza, volvió tambaleándose, ó, por mejor decir, no pudo volver, y pasó la noche con sus compinches en medio del camino, debajo de un manzano. Seguramente empezaba ya á vagabundear como verdadero poeta, tomando parte en las ruidosas fiestas rústicas, en las alegres pastorales figurativas, en la rica y audaz expansión de la vida pagana y poética que por entonces se veía en los pueblos ingleses. En todo caso, no era un hombre correcto, y tenía pasiones tan precoces como imprudentes. A los diez y ocho años y medio se casó con la hija de un yeoman, de nueve años de edad más que él, y se casó precipitadamente: estaba ella en cinta (1). No fueron más afortunadas otras temeridades. Parece que solía dedicarse á la caza furtiva, según costumbre del tiempo, «siendo muy aficionado, dice el cura Davies (2), á toda clase de maliciosos latrocinios en materia de gamos y de conejos, particularmente en detrimento de sir Tomás Lucy, que le hizo vapulear á menudo y á veces encarcelar, y le obligó á la postre á salir del país... Cosa

(1) Mr. Halliwell y otros tratan de probar que en esa época los esponsales previos constituían el verdadero matrimonio; que esos esponsales se habían verificado, y que así no hay nada de irregular en la conducta de Shakspeare.

(2) Halliwell, 123.

de que Shakspeare se vengó de buena manera, porque hizo de él su juez imbécil». Añádase aún que hacia esa época estaba en la cárcel el padre de Shakspeare, cuyos negocios andaban muy mal, y que él había tenido tres hijos, uno tras otro: había que vivir, y apenas le era posible vivir en su villa. Se fué, pues, á Londres, y se hizo actor: actor «de muy baja estofa», «servidor» de teatro, es decir, aprendiz ó quizá comparsa. Y aún se decía que había empezado por cosa más baja aún, y que, para ganarse el pan, había guardado los caballos de los señores á la puerta del teatro (1). De todos modos, saboreó la miseria y sintió, no en imaginación, sino por experiencia propia, las punzadas agudas de la ansiedad, de la humillación, del hastío, del trabajo forzado, del descrédito público, del despotismo popular. Era cómico, uno de los pobres cómicos de Su Majestad (2).»

Triste oficio, rebajado en todo tiempo por los contrastes y las mentiras á que lleva, y aún más rebajado en aquel momento por las brutalidades de la muchedumbre, que apedreaba frecuentemente á los actores, y por las durezas de los magistrados, que á veces los mandaban desorejar. Shakspeare lo comprendía, y hablaba de ello con amargura. «¡Ay! es muy cierto que yo he vagado á la ventura y que me he convertido en un bufón, expuesto á los ojos del público, ensangrentando mi alma y vendiendo á vil precio mis más caros tesoros.» «En desgracia con la fortuna y á los ojos de los hombres, dice en otra parte (3), lloro en la sole-

(1) Todas estas anécdotas son tradiciones, y, por tanto, más ó menos dudosas; pero los otros hechos son auténticos.

(2) 1589. Términos de un documento conservado. Se le cita con Burbadge y Greene.

(3) Sonetos 91 y 111. *Hamlet*, III, esc. II. Varias de las palabras de Hamlet están mejor en boca del autor que en la de un príncipe. Véase el soneto: *Tired with all these, etc.*

dad la abyección de mi suerte, dirijo los ojos hacia mí y maldigo mi estrella, anhelando ser un hombre más rico en esperanzas, en belleza y en amistades, desestimando mis mejores bienes y despreciándome casi á mí mismo.» Más tarde se volverán á encontrar las huellas de estos largos sinsabores en sus personajes melancólicos, cuando hable «de los latigazos y desdeñes del siglo, de la injuria del opresor, de los ultrajes del orgulloso, de la insolencia de la gente encumbrada, de las humillaciones que el mérito paciente sufre de manos de los indignos, cuando podría concluir de una vez con un simple puñal». Pero lo peor de esa condición humillante es que ataca al alma. En contacto con histriones, el hombre se hace histrión; en vano querría preservarse de toda mancilla: cuando se habita en un lugar cenagoso, no se consigue. Por más que el hombre se haga fuerte, la necesidad le asedia y le mancha. El artificio de las decoraciones, el revoltillo de los trapos de prendería, el hedor de los untos y de las velas de sebo, en contraste con los alardes de delicadeza y de grandeza; todos los engaños y suciedades del aparato escénico, la ruda alternativa de los silbidos y los aplausos, el roce con lo más alto y lo más bajo de la sociedad, la costumbre de jugar con las pasiones humanas, sacan al alma de quicio fácilmente, la empujan por la pendiente de los excesos, la invitan á las maneras descocadas, á las aventuras de bastidores, á los amores de comiquería. Shakspeare no fué más afortunado que Molière contra esas tentaciones, y lo lamenta, como Molière, acusando á la suerte, que «no le deparó para vivir sino medios de gente pública que engendra procederes de gente pública». «Se contaba en Londres (1) que su compañero

(1) Anecdota escrita en 1602, según el actor Tooley.

Burbadge, que hacía el papel de Ricardo III, tenía cita una vez con la mujer de un vecino de la City; pero Shakspeare se le adelantó, fué bien recibido, y cuando llegó Burbadge le mandó á decir que Guillermo (1) el Conquistador era antes que Ricardo III. » Tómese esto como una muestra de las jugarretas de Scapin y de los embrollos que se arman y enredan en esas tablas. Fuera del teatro vivía con los jóvenes nobles en boga, con Pembroke, Montgomery, Southampton (2) y otros, cuya ardiente y licenciosa adolescencia sobreexcitaba su imaginación y sus sentidos con el ejemplo de las voluptuosidades y elegancias italianas.

— Agréguese á todo la vehemencia y el arrebató del temperamento poético, y la especie de aflujo, de ebullición de todas las fuerzas y de todos los deseos que se efectúa en esa clase de cabezas cuando se abre ante ellas el mundo por primera vez, y comprenderéis el *Adonis*, «el primer heredero de su invención». En efecto: es un primer grito; en ese grito se revela todo el hombre. Jamás se vió corazón tan palpitante al contacto con la belleza y con toda belleza, tan embobado ante la frescura y el brillo de las cosas, tan vehementemente en la adoración y el goce, tan violenta y completamente precipitado hasta el fondo de la voluptuosidad. Su Venus es única: no hay pintura de Ticiano (3) cuyo colorido sea más brillante y delicioso, no hay diosa cortesana, en Tintoreto ó Veronés, que sea más mórbida y bella, «cuyos labios busquen más ávidamente los besos», cuyos brazos se estremezcan

(1) El nombre de Shakspeare.

(2) El conde de Southampton tenía diez y nueve años cuando Shakspeare le dedicó su *Adonis*.

(3) V. los *Amores de los dioses*, en el castillo de Blenheim, por Ticiano.

más al estrechar un cuerpo adolescente, ya pálida y anhelante, ya «encendida y ardiendo como un carbón», arrebatada, irritada, y repentinamente de hinojos, llorando, desvanecida, para erguirse luego de súbito, «pegada á su boca», ahogando sus reconveniones, hambrienta y «atracándose como un buitre», que engulle y engulle, y siempre quiere más, sin poder hartarse nunca. Todo queda avasallado, no sólo los sentidos, no sólo los ojos, deslumbrados por la blanca carne palpitante, sino también el corazón, de donde rebosa la poesía; la exuberancia de la juventud se desborda é inunda hasta las cosas inanimadas: los campos sonríen al sol naciente, el aire impregnado de luz es pura fiesta y regocijo. «La alondra, desde su húmedo albergue, se remonta á las alturas, despertando á la mañana; del argentado seno de la aurora surge el sol en su plena majestad, y su mirada ilumina tan gloriosamente el mundo, que las copas de los cedros y los collados parecen oro bruñido». Admirable derroche de imaginación é inspiración, pero derroche que preocupa: un temperamento así puede llevar lejos (1). No había en Londres mujer mundana que no tuviese el *Adonis* sobre su velador (2). Shakspeare vió quizá que había traspasado los límites, porque la intención de su segundo poema, la *Violación de Lucrecia*, era totalmente contraria; pero, aunque tuviese ya un espíritu bastante amplio para abarcar á la vez, como más tarde en sus dramas, los dos extremos de las cosas, no dejó de seguir resbalando por su pendiente. «El dulce abandono del amor» fué el gran empleo de su vida. Era tierno y era poeta: no se ne-

(1) Compárese con las primeras poesías de Alfredo de Musset, *Cuentos de Italia y de España*.

(2) Crawley, citado por Chasles, *Etudes sur Shakspeare*.

cesita más para apasionarse, ser engañado, sufrir y recorrer sin descanso el círculo de ilusiones y de penas que vuelve sobre sí sin acabar nunca.

Tuvo varios amores de ese género, uno, entre otros, por una especie de Marión Delorme, pasión ciega y despótica, cuyo peso y vergüenza sentía, pero de que no podía ni quería librarse. Nada más doloroso que sus confesiones, nada que mejor delate la locura del amor y el sentimiento de la flaqueza humana. «Cuando mi amada jura que su corazón no es más que verdad, yo la creo, á pesar de saber que miente.» Así hacía Alcestes con Celimene; pero ¡qué inmunda Celimene, la mala mujer ante la cual se arrodilla con tanto desprecio como pasión! «¡Esos labios, esos labios que han profanado su púrpura, que han jurado falso amor á otros tantas veces como á mí, que han robado al lecho ajeno su renta de placer...! ¡Bien puedo yo amarte como amas tú á los que provocas con tus ojos!» He ahí las franquezas y los grandes impudores del alma, tales y como pueden encontrarse en la alcoba de las cortesanas, y he aquí las embriagueces, los extravíos, el delirio en que caen los más delicados artistas (1) cuando, en esas manos voluptuosas y halagadoras, abandonan su noble mano. Valen más que príncipes, y descienden hasta las ramerás. Para ellos el bien y el mal pierden entonces su nombre; todo se tergiversa y trastoca: «¡Qué caro y amable haces el oprobio que, cual gusano en rosa perfumada, mancha la belleza de tu nombre floreciente! ¡En qué suaves delicias envuelves tus vicios! El velo de la belleza cubre todas tus manchas, y trueca en encantos cuanto pueden ver los ojos. De tus faltas haces tú un cortejo de gracias. La

(1) Véase el fin de Gerardo de Nerval.

lengua que cuenta la historia de tus días, haciendo comentarios lascivos sobre tus juegos voluptuosos, no puede difamarte sino con una especie de alabanza. Una maledicencia se convierte en bendición, al pronunciarse tu nombre.» ¿De qué sirven la evidencia, la voluntad, la razón, el honor mismo, cuando la pasión es tan absorbente? ¿Qué queréis que se diga á un hombre que responde: «Sé todo eso, pero ¿qué importa?» Los grandes amores son inundaciones que ahogan todas las repugnancias y todas las delicadezas del alma, todas las opiniones preconcebidas y todos los principios admitidos. El corazón se halla muerto entonces para todos los placeres comunes; no puede ya sentir y respirar más que por un solo lado. Shakspeare envidia las teclas del clavicordio que recorren aquellos dedos. Si contempla una flor, ve al través de la flor su imagen querida, y los locos esplendores de la poesía deslumbradora se agolpan y desbordan en su mente, cuando piensa en sus ardientes ojos negros (1). Ha estado ausente de ella en la primavera, «cuando el soberbio Abril, vestido con todas sus galas, había infundido un hálito de juventud en todos los seres, y el pesado Saturno reía y saltaba al lado de él». No ha visto nada, no ha «admirado la blancura de las azucenas ni alabado el vivo bermellón de la rosa».

Todas esas suavidades de la primavera no eran más que su sombra y su perfume. «Yo digo á la violeta: ¿Dónde has robado tú ese perfume balsámico, sino en el aliento de mi amada? La púrpura orgullosa que luce tu satinada mejilla, la ha extraído patentemente de las venas de mi amada. Yo refí á la azucena por robarte la blancura de las manos, y á las

(1) Era morena, no bella ni joven, y mal reputada. (Sonetos.)